

PERSONAJES

Dos hermanas
Un soldado de las SS.

Antígona
Ismena
Creonte
Hemón
Tiresias
Guardias
Los ancianos de Tebas
Mensajeros
Doncellas, criadas

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

6/Nov/05
Bergado JEB

1083145

MPLS
C.1

C.1

PRÓLOGO

BERLÍN, ABRIL DE 1945

Amanece. Dos hermanas salen del refugio antiaéreo y entran en su casa.

HERMANA PRIMERA:

Cuando subimos del refugio nuestro barrio ardía en el claroscuro del alba y las llamas iluminaban nuestra casa, que se conservaba intacta.

Algo llamó la atención de mi hermana.

HERMANA SEGUNDA:

¿Quién abrió nuestra puerta?

HERMANA PRIMERA:

Sin duda el estrépito de las bombas.

HERMANA SEGUNDA:

¿De dónde vienen esos rastros de pasos en el polvo?

HERMANA PRIMERA:

De alguien que se guareció en el refugio.

HERMANA SEGUNDA:

¿Y esa bolsa, en el rincón?

HERMANA PRIMERA:

¿Hay algo ahí que no había antes?

Siempre es mejor que advertir

que una cosa que estaba ya no está.

HERMANA SEGUNDA:

¡Pan y un trozo de jamón!

HERMANA PRIMERA:

Lo que contiene esa bolsa es totalmente inofensivo.

HERMANA SEGUNDA:

Hermana, ¿quién estuvo aquí?

HERMANA PRIMERA:

¿Cómo quieres que lo sepa? Alguien
que quiso ofrecernos un buen desayuno.

HERMANA SEGUNDA:

¡Ya sé! ¡Oh, qué alegría! Hermana, nuestro hermano ha
[regresado]

HERMANA PRIMERA:

Nos abrazamos, llenas de gozo;
nuestro hermano estaba en la guerra, pero la suerte

Cortamos el pan y el jamón y nos pusimos a comer.
[lo acompañaba]

HERMANA SEGUNDA:

Sírvete más: tu trabajo en la fábrica es duro.

HERMANA PRIMERA:

No tanto como el tuyo.

HERMANA SEGUNDA:

¿Cómo habrá venido?

HERMANA PRIMERA:

Con su unidad.

HERMANA SEGUNDA:

¿Dónde estará en este momento?

HERMANA PRIMERA:

Donde se está combatiendo.

HERMANA SEGUNDA:

¡Oh!

HERMANA PRIMERA:

No es cierto: no están combatiendo.

No oímos nada.

HERMANA SEGUNDA:

No debí preguntar.

HERMANA PRIMERA:

No quise afligirte.

Nos quedamos calladas;

luego, del otro lado de la puerta,
alguien lanzó un grito espantoso, que nos paralizó.

Grito desgarrador afuera.

HERMANA SEGUNDA:

Hermana, han gritado. Vamos a ver.

HERMANA PRIMERA:

¡Quédate sentada! Quien quiere ver, es visto.

No tratamos de ver

qué había sucedido ante nuestra puerta.

Tampoco seguimos comiendo.

Sin mirarnos, nos levantamos

para ir al trabajo, como todas las mañanas.

Mi hermana preparó la merienda,

yo llevé la bolsa de nuestro hermano

al armario en el que guardamos sus cosas.

Creí que se me paralizaba el corazón:

de la percha colgaba su uniforme.

¡Hermana, ya no está con los que combaten!

Se escapó, ya no está en la guerra.

HERMANA SEGUNDA:

Otros visten aún el uniforme,

él no.

HERMANA PRIMERA:

Lo habían enviado a la muerte.

HERMANA SEGUNDA:

Pero él no quería morir.

HERMANA PRIMERA:

Vio un pequeño agujero

y pensó: esta es la ocasión.

HERMANA SEGUNDA:

Y por el agujero se escapó.

Que me atrapen si pueden, pensó.

HERMANA PRIMERA:

Otros visten aún ese uniforme,

pero él no.

HERMANA SEGUNDA:

Él ya no está en la guerra.

HERMANA PRIMERA:

Y nos echamos a reír, estábamos felices:

nuestro hermano ya no combatía. La suerte lo acompañaba.

Después alguien lanzó un grito terrible.

Grito desgarrador afuera.

HERMANA SEGUNDA:

Hermana, ¿quién grita ante nuestra puerta?

HERMANA PRIMERA:

Otra vez están torturando.

HERMANA SEGUNDA:

Hermana, deberíamos ir a ver.

HERMANA PRIMERA:

¡Quédate aquí!

Y no fuimos a ver qué había ocurrido.

Esperamos un momento

y llegó la hora de ir al trabajo.

Abrí la puerta y vi.

¡Hermaña, hermana, no salgas!

Nuestro hermano está ahí, afuera.

¡Ah, cómo nos engañamos! ¡Está ahí,

colgado de un clavo en la pared!

Mi hermana salió y lanzó un grito.

HERMANA SEGUNDA:

¡Lo colgaron! Él fue quien gritó
pidiendo ayuda.

Un cuchillo, dame un cuchillo
para cortar la cuerda.

Voy a descolgarlo,

voy a llevarlo adentro

para calentarlo, para devolverle la vida.

HERMANA PRIMERA:

Dame ese cuchillo. Tus esfuerzos serán vanos,
nuestro hermano no puede revivir.

Si nos ven junto a él

correremos la misma suerte.

HERMANA SEGUNDA:

Déjame. Cuando lo colgaron,
no di un paso.

HERMANA PRIMERA:

Fue a abrir la puerta,

en el umbral había un SS.

Entra un soldado de las SS.

EL SS.:

Ya le arreglé las cuentas. Y ustedes, ¿quiénes son?

Lo atrapé frente a esta puerta.

Salía de aquí. Lógicamente,

tengo que deducir

que ustedes conocen a ese individuo,

a ese cobarde que traicionó a su país.

HERMANA PRIMERA:

No conocemos a ese hombre.

EL SS.:

Y ésa, ¿qué quiere hacer con su cuchillo?

HERMANA PRIMERA:

Miré a mi hermana.

Para liberar a su hermano y devolverle la vida,

¿iría a buscar la muerte?

Él tenía un solo deseo: vivir.

Amanece.

ANTÍGONA (*junta polvo en un cántaro de hierro*):
Hermana, Ismena, brote gemelo
surgido de la prosapia de Edipo,
¿conoces algún infortunio,
algún dolor o tormento que el dios
de la Tierra no nos haya impuesto?
Una larga guerra nos arrebató, junto con muchos otros,
a nuestro hermano Etéocles.
Joven murió, por seguir al tirano.
Polinice, más joven aún, viendo al hermano
destrozado por los cascos de las cabalgaduras,
gime de dolor y huye de la batalla cruel.
Porque el dios de los combates
no a todos favorece por igual. El fugitivo,
en su precipitada huida,
cruza los arroyos de Dirceo.
Con alivio ve a Tebas, la de las siete puertas,
cuando Creonte, que desde atrás
vigila la batalla, alcanza al guerrero.
Lo ve cubierto de fraterna sangre y lo mata.
¿Sabes qué otro dolor viene ahora a abrumar
a esta estirpe de Edipo casi extinta?
ISMENA:
Antígona, no he salido a la plaza.
Ninguna noticia de los seres queridos,
placentera o dolorosa,
ha llegado hasta mí.
Nada sé que me haga más feliz ni más desdichada.

ANTÍGONA:

Óyelo entonces de mis labios. Yo veré
si, en la desgracia, tu corazón deja de latir,
o si palpita con más fuerza.

ISMENA:

Tú, que juntas ese polvo,
¿qué pensamientos pasan por tu mente?

ANTÍGONA:

Óyeme bien:

Nuestros hermanos, llevados
a la guerra de Creonte contra la lejana Argos,
esa guerra en busca del metal de sus minas,
muertos uno y otro, no reposarán juntos
bajo la tierra.

Porque el que no huyó de la batalla,
Etéocles, dicen que será coronado y sepultado
según la tradición.

El cuerpo de Polinice, en cambio,
que murió de una muerte miserable,
han dicho en la ciudad
que no recibirá sepultura.

Se ha ordenado no verter lágrimas por él,
ni enterrarlo, para que sea pasto
de las aves rapaces. Y aquel que osare
infringir las órdenes, será lapidado. Ahora dime:
¿qué piensas hacer tú?

ISMENA:

¿Quieres ponerme a prueba?

¿Qué pretendes de mí?

ANTÍGONA:

Que me ayudes.

ISMENA:

¿En qué empresa temeraria?

ANTÍGONA:

A enterrar su cuerpo.

ISMENA:

¿A él, de quien la ciudad reniega?

ANTÍGONA:

¡A él, a quien la ciudad ha traicionado!

ISMENA:

¡A él, que osó rebelarse!

ANTÍGONA:

Sí, mi hermano, y también hermano tuyo.

ISMENA:

Hermana, te prenderán
y nada podrás alegar en tu defensa.

ANTÍGONA:

Nada, salvo mi fidelidad.

ISMENA:

Infeliz, ¿tratas acaso
de reunirnos bajo tierra
a todos los de la estirpe de Edipo?

¡Olvida el pasado!

ANTÍGONA:

Eres joven y has visto aún poca crueldad.
Ese pasado, que tú quieres que olvide,
jamás permitirá que sea olvidado.

ISMENA:

Ten en cuenta que somos mujeres:
no podemos luchar contra los hombres.
Nuestras débiles fuerzas nos obligan
a obedecer, para no sufrir.

Sólo me queda pedir a los muertos,
a quienes sólo la tierra oprime,
que me perdonen;

ya que por la fuerza me someten,
sigo al que manda.

Porque realizar actos inútiles
es signo de escaso saber.

ANTÍGONA:

No insistiré.

Sigue al que manda y haz lo que ordena.

Yo, en cambio, seguiré lo que exige la costumbre,
y daré sepultura a mi hermano.

Si muero en la empresa, ¿qué me importa?

Sosegada estaré al lado de los que reposan en paz.

Pero habré cumplido un sagrado menester.

Mil veces prefiero complacer

a los que están abajo que a los de arriba.

Pues es abajo donde moraré para siempre.

Tú, vive, soportando tu vergüenza.

ISMENA:

Antígona, amarga experiencia

es sufrir una vergüenza atroz.

Mas la sal de las lágrimas no es infinita.

Y tampoco ellas surcarán eternamente las mejillas.

El filo del arma puede dar felicidad

al que muere, pero el que queda sufrirá

y no tendrá sosiego en la desgracia;

clama, y no puede dejar de gemir.

Sin embargo, por encima de su llanto,

oírá el canto de los pájaros,

y a través de las lágrimas que manan de sus ojos,

volverá a ver los viejos olmos

y los techos familiares

que forman su patria.

ANTÍGONA:

Te odio. ¿Te atreves a mostrarme,
desvergonzada, los restos de un pesar ya superado?

En la pradera desnuda

aún yace carne de tu carne, expuesta

a las aves de rapiña. Pero para ti,

¡eso ya es el pasado!

ISMENA:

Simplemente,

no tengo valor para rebelarme,

es algo superior a mis fuerzas.

¡Ay! ¡Cuánto miedo siento por ti!

ANTÍGONA:

¡No necesito que te aflijas por mí!

Arrastra tu miserable vida,

deja al menos que yo haga lo necesario
honrar a aquel de los míos
ha sido deshonrado.

engo miedo, y espero que sabré morir
ue la que me espera sea una muerte terrible.

NA:

leva tu polvo. Tus palabras son insensatas,
están impregnadas de cariño
os seres que te son queridos.

*Antígona con el jarro. Ismena entra en el palacio. En-
n los ancianos de Tebas.*

ANCIANOS:

en botín, la victoria ha llegado.

irado está el poder de Tebas.

luida la guerra infausta,

lad el pasado!

ad coros en todos los templos

onad los himnos de la victoria

que apunte el día!

d! ¡Que Tebas, radiante en su gloria,

en la ronda báquica!

ero he aquí que aquel que nos ha dado la victoria,

reonte, hijo de Meneceo, viene apresuradamente.

os ha convocado a nosotros, los Ancianos,

ara anunciar, sin duda, el retorno de los guerreros.

Creonte sale del palacio.

CREONTE:

danos, haced saber a todos

rgos ya no existe.

enta está saldada.

ce ciudades, las que quedan en pie

¡ menos. Se dice de Tebas:

uerte iguala a la de la madre

¡ mellizos a luz!

gracia no te sojuzga, por el contrario,

isma sucumbe ante tu entereza.

¡ de tu espada se sació

al primer intento, mas no por ello
dejó de beber! Tebas, tú has tendido

en duro lecho al pueblo de Argos.

Sin ciudad y sin tumbas yacen en los campos
aquellos que te ofendieron.

Y tú observas el sitio

que albergó sus ciudades.

Sólo ves a los perros

cuyos ojos brillan satisfechos.

Allí se reúnen los nobles buitres.

Van de cadáver en cadáver, y

tan opíparo es el festín

que ya no podrán levantar vuelo.

LOS ANCIANOS:

¡Señor! El prodigioso cuadro

que nos pintas gustará a la ciudad

si viene acompañado de algo más:

los carros de guerra, recorriendo las calles,

trayendo a nuestros hijos.

CREONTE:

¡Pronto será, amigos, pronto! Pero pensemos

primero en nuestros asuntos.

No vengo todavía a colgar la espada en el templo.

Os he hecho llamar, a vosotros y a nadie más,

por dos razones. Primero, porque sé

que vosotros, que no escatimáis al dios de la guerra

las ruedas que su carro necesita

para aplastar al enemigo,

vosotros, que no reclamaréis la sangre

que vuestros hijos han vertido

en el campo de batalla,

cuando llegue la hora de hacer las cuentas,

me diréis que las bajas de Tebas

no superan las que sufrió otras veces.

Sé también que Tebas, salvada nuevamente, correrá,

generosa como siempre, a recibir

al guerrero y enjugar el sudor de su frente,

sin tener en cuenta si es el sudor de la batalla,
o el frío sudor del miedo,
mezclado con el polvo de la huida.
Por lo tanto, y estoy seguro que me aprobaréis,
he dado a los restos de Etéocles,
muerto por la patria, una tumba cubierta de coronas.
Ordené en cambio que el cobarde Polinice
que, siendo de mi sangre y de la sangre de Etéocles,
fue amigo del pueblo de Argos, yazga sin sepultura,
como yace ese pueblo.

Como él, fue un enemigo,
el mío y el de Tebas.

Por ello quiero que nadie
llore su suerte, y que no tenga tumba,
que ninguno se apiade de su cuerpo
y que sea devorado por las aves y los perros.

Porque aquel que más que a la patria
ama su vida, sólo merece mi desprecio.
Pero el hombre que ama a su ciudad, esté vivo
o muerto, gozará de mi estima.

Espero que aprobaréis mis decisiones.

LOS ANCIANOS:

Las aprobamos.

CREONTE:

Cuidad que mis órdenes se cumplan.

LOS ANCIANOS:

¡Confiad esa misión a otros más jóvenes!

CREONTE:

No es eso lo que os pido. Ya hay guardias apostados
junto al cadáver.

LOS ANCIANOS:

¿Acaso quieres que montemos guardia junto a los vivos?

CREONTE:

Hay quienes no están de acuerdo con mis órdenes.

LOS ANCIANOS:

Nadie hay aquí tan necio
que quiera morir.

CREONTE:

Abiertamente no, por cierto.

Pero muchos menean tanto la cabeza
que terminará por caérseles.

Ahora es necesario, más que nunca,
limpiar la ciudad. . .

Entra un guardia.

GUARDIA:

Señor, vengo sin aliento para darte
una noticia urgente. No preguntes por qué
no llegué antes. No sé si mi pie
iba demasiado rápido para mi cabeza
o si mi cabeza retenía al pie.

¿Adónde vas?, me preguntaba deteniéndome. ¿Tendrás aún
que caminar mucho tiempo bajo el sol
sin tomar aliento? Con todo, seguía avanzando.

CREONTE:

¿Por qué te cuesta tanto hablar?

¿Estás sofocado o vacilas?

GUARDIA:

Nada oculto. Me pregunto por qué
no he de decir lo que no he hecho,
y que, por añadidura, desconozco,
pues en verdad no sé quién fue el autor.
Sería injusto juzgar severamente
a quien ignora algo hasta tal punto.

CREONTE:

¿Cuántas precauciones tomas! Eres emisario
de tu propio delito, mas diríase, al oírte,
que has realizado una proeza
digna de una corona de laureles.

GUARDIA:

¡Señor! Has encomendado a tu guardia una gran misión,
pero las grandes misiones son una pesada carga.

CREONTE:

Habla entonces, y sigue tu camino.

GUARDIA:

Hablaré. Alguien sepultó al muerto.
Alguien que luego escapó, cubrió su cuerpo
con fino polvo, para que los buitres
no pudieran divisarlo.

CREONTE:

¿Qué dices? ¿Quién ha osado?

GUARDIA:

Lo ignoro. No había indicios
de que se hubiera utilizado la pala o el pico.
El suelo estaba liso, ningún carro
había pasado por allí. Nada
que permitiera señalar al culpable.
No había una tumba,
sólo una leve capa de polvo,
como si, por miedo a tus órdenes,
hubiese sido desparramado furtivamente.
Tampoco había huellas de fieras
ni de perros que hubiesen arrastrado el cadáver
para despedazarlo. Cuando despuntó el día y descubrimos
lo que había ocurrido, comenzamos a disputar
terriblemente. Y fue a mí a quien
la suerte designó para esta infausta misión.
Yo sé que a nadie place ser el portador de malas noticias.

LOS ANCIANOS:

Creonte, hijo de Meneceo, ¿y si hubiese sido
obra de los dioses?

CREONTE:

No aumentéis mi ira diciendo
que los dioses favorecen a ese cobarde
que, fríamente, permitió que fueran profanados
sus templos y quemadas las ofrendas.
No, hay quienes en esta ciudad
no están conformes conmigo. Murmuran,
y se niegan a inclinar la cerviz bajo el yugo.
Son ellos, bien lo sé, quienes por medio de sobornos
corrompieron a los centinelas.
Porque de todas las instituciones

ninguna es tan nefasta como el oro. Ciudades enteras
sucumben ante su brillo. Los hombres abandonan
sus hogares y son capaces de cualquier perfidia.
Oyeme bien, si no me traes al culpable,
al autor terrenal, vivo y atado a una tabla,
confeso de su delito, te colgaré,
y, con la soga al cuello,
entrarás en la morada de los muertos.
Así conoceréis de dónde es lícito sacar provecho
y aprenderéis que no todo puede ser fuente de ganancias.

GUARDIA:

Señor, es cierto que los hombres como yo
tienen mucho que temer. Demasiados caminos
pueden conducirlos a la muerte.
No me siento temeroso a causa del dinero.
No digo que he recibido oro, no lo digo,
pero si tú lo crees, prefiero dar vuelta
dos veces mi bolsa, para que compruebes
si hay algo en ella.
Será mejor que contradecirte, porque
podría despertar tu ira.
Lo que temo es que, buscando al culpable,
me encuentre con una cuerda en torno de mi cuello.
Porque las manos encumbradas
suelen tener para nosotros más cuerdas que dinero.
Estoy seguro de que lo comprenderás.

CREONTE:

¿Te propones hablarme con enigmas?

GUARDIA:

El muerto pertenecía a las altas esferas
y ha de tener amigos en las altas esferas.

CREONTE:

Pues atrápalos por el talón, si no puedes
alcanzarlos más arriba.
Ya sé que hay descontentos aquí como allí.
Más de uno se mostrará
lleno de alegría por mi victoria.

Temeroso, se apresurará a ceñirse
los laureles, pero yo sabré reconocerlo.

Entra en el palacio.

GUARDIA:

¡Qué lugar malsano, aquel en que los poderosos
luchan contra los poderosos!

Yo aún estoy vivo y me asombro.

Sale.

LOS ANCIANOS:

Hay multitud de cosas prodigiosas,
pero, de todas, la más prodigiosa es el hombre.

Porque él, en aladas naves
surca el mar, cuando en invierno
furioso brama el huracán.

La sagrada, la inagotable tierra,
él la fatiga año tras año con el arado,
ayudado por las yuntas de bueyes.
Acecha y vence a la alígera especie de las aves
y a las bestias feroces.

Y a los seres que habitan
en la profundidad salada del Ponto
los domina sabiamente,
él, el hombre industrial.

Con artimañas caza la presa
que duerme y vaga en las colinas.
Pone las bridas al noble corcel de espesas crines,
unce al yugo el indómito toro,
habitante de la llanura.

Ha aprendido el discurso certero
y el etéreo vuelo del pensamiento.
Erige un orden y lo impone en las ciudades.
Sabe defenderse contra la furia
de los elementos desencadenados.

Conocedor de todas las cosas, experto en pocas,
a nada llega.

Siempre sabe qué hacer,
jamás se desorienta.

Todo es posible para él,
pero tiene fijado un límite.

Porque quien quiere traspasarlo,
se convierte en enemigo de sí mismo.

Así como doblega al toro, doblega
a sus semejantes, y les obliga a inclinar la cerviz,
mas ellos le arrancan las entrañas. Cuando se eleva,
lo logra pisoteando implacablemente a los demás.
Solo, es incapaz de saciar su hambre,
y, sin embargo, altos muros levanta en torno de su casa.

¡Que esos muros sean destruidos!

¡Que se abran los techos para que entre la lluvia!

El hombre no tiene en cuenta lo que es
realmente humano, y así, se convierte para sí mismo
en un monstruo prodigioso.

¿Querrán los dioses ponerme a prueba?

No puedo negar que es ella, pues la reconozco.

Antígona, hija desdichada
del desdichado Edipo,

¿qué ocurre? ¿Por qué te traen?

¿Has infringido acaso
las leyes del Estado?

Entra el guardia trayendo a Antígona.

GUARDIA:

Es ella. Ella lo hizo.

La apresamos cuando sepultaba el cadáver.

Pero ¿dónde está Creonte?

LOS ANCIANOS: Precisamente, ahí sale de la casa.

Creonte sale del palacio.

CREONTE:

¿Por qué traes a ésta?

¿Dónde la has apresado?

GUARDIA:

Fue ella quien lo enterró.

Ahora lo sabes todo.

CREONTE:

Tus palabras son claras,

pero ¿la viste tú mismo?

GUARDIA:

Sí, echaba tierra sobre el cadáver,
desafiando tus órdenes. Cuando se tiene suerte,
es fácil hablar con claridad.

CREONTE:

Infórmame sobre los hechos.

GUARDIA:

Las cosas ocurrieron así. Cuando me alejé
de tu vista, tras haber recibido tus terribles amenazas,
quitamos el polvo del cadáver.

Los despojos ya estaban en descomposición
y despedían un fuerte hedor.

Fuimos a sentarnos en una colina cercana
para respirar aire puro.

Decidimos que aquel que se durmiera
recibiría unos codazos en las costillas.

De repente, sentimos como si los ojos
se nos salieran de las órbitas.

Un viento cálido levantó del suelo
un torbellino de polvo; llenó la llanura,
ocultó el valle, arrancó el follaje de los árboles
y oscureció el cielo. Nos frotamos los ojos
y la vimos. Gemía con voz entrecortada,
como el ave que vuelve al nido

y lo encuentra vacío, sin su cría.

Sollozando, vio el cuerpo descubierto
y volvió a cubrirlo con polvo,
que tres veces derramó con su jarra de hierro.

Nos precipitamos sobre ella,
la sujetamos, pero no dio muestras de temor.

La acusamos de lo que acababa de hacer
y de lo que había hecho anteriormente.

Nada negó. Estaba ante mí,
amable y triste al mismo tiempo.

CREONTE:

¿Reconoces haberlo hecho o lo niegas?

ANTÍGONA:

No lo niego. Reconozco que lo hice.

CREONTE:

Contéstame sin rodeos:

¿sabías lo que se había promulgado
en toda la ciudad respecto de este muerto?

ANTÍGONA:

Lo sabía. ¿Cómo ignorarlo?

Tus órdenes eran claras y precisas.

CREONTE:

¿Osaste infringir mis leyes?

ANTÍGONA:

Porque eran leyes tuyas, las leyes de un mortal.

Un mortal puede infringirlas.

Y yo, como tú, soy mortal,

sólo un poco más que tú.

Si muero antes de tiempo,
creo incluso que saldré ganando.

Para quien como yo soporta tantos males,
la muerte es una ventaja.

Mas si dejase sin sepultura al hijo de mi madre
mi pesar no tendría límites.

Morir, en cambio, no me causa pena ni temor.

Los dioses no quieren ver sin tumba
al que yace sin vida.

Si tú crees que soy una insensata
porque temo su ira y no la tuya,
es que, quizás, has perdido la razón.

LOS ANCIANOS:

Áspero renace en la hija
el áspero carácter del padre.

No ha aprendido
a someterse a la desdicha.

CREONTE:

El hierro más duro pierde su tenacidad
cuando es expuesto al calor de la fragua.

Es un hecho que puede verse a diario.

Ella, sin embargo, se complace
en violar las leyes establecidas.
Mas no es ésta su única osadía.
Desoída la ley, se muestra satisfecha,
ríe y se jacta de haberlo hecho.
¡Cuánto detesto a quien, sorprendido
en un acto ilícito, lo presenta como un hecho admirable!
Sin embargo, a la que me ha ofendido
y es de mi sangre, no quiero condenarla así,
siendo yo de su sangre.
Responde a mi pregunta: lo que hiciste a escondidas,
ahora ha sido descubierto. ¿Aceptarías decir
—evitándote un severo castigo—
que lo lamentas?

Antígona calla.

CREONTE:

¿Por qué eres tan obstinada?

ANTÍGONA:

Porque creo en la eficacia del ejemplo.

CREONTE:

¿El ejemplo? Estás en mis manos.

ANTÍGONA:

¿Qué más puedes hacerme que enviarme a la muerte?

CREONTE:

Nada más, tu muerte me basta.

ANTÍGONA:

¿Qué esperas entonces? De tus palabras
ninguna me agrada ni me agrada jamás.

Nunca seré como tú lo deseas.

Otros me están agradecidos por lo que he hecho.

CREONTE:

¿Crees que hay otros
que ven las cosas como tú?

ANTÍGONA:

También otros tienen ojos y están atónitos.

CREONTE:

¿No tienes vergüenza de atribuirles esa opinión?

ANTÍGONA:

¿No corresponde acaso honrar
a los de su propia sangre?

CREONTE:

También es de tu sangre aquel
que murió por la patria.

ANTÍGONA:

Sí, de la misma sangre. Vástago de la misma estirpe.

CREONTE:

Para ti, el que prefirió salvar su vida
¿vale tanto como el otro?

ANTÍGONA:

No era tu esclavo
y sigue siendo mi hermano.

CREONTE:

No hay duda, puesto que a tus ojos
ser sacrílego o no es la misma cosa.

ANTÍGONA:

No es lo mismo morir por ti
que morir por la patria.

CREONTE:

¿No estamos en guerra acaso?

ANTÍGONA:

¡Sí, tu guerra!

CREONTE:

Por nuestra patria.

ANTÍGONA:

Por la conquista de una tierra extranjera.
No te bastaba reinar sobre mis hermanos
en tu propia patria, en esta hermosa Tebas.
No te bastaba gobernar en paz.
Tuviste que llevarlos a la lejana Argos
para dominar también allí,
también sobre ellos.

A uno lo convertiste en verdugo
de la pacífica Argos. Al otro
le invadió el terror y ahora lo exhibes,

pobre cuerpo despedazado,
para aterrorizar a los nuestros.

CREONTE:

A nadie que estime
su propia vida le aconsejo que
haga tuyas estas palabras.

ANTÍGONA:

Y yo os suplico que me ayudéis en mi aflicción:
ayudándome a mí os ayudaréis a vosotros mismos.
Porque el hombre sediento de poder
nunca podrá apagar su sed
y deberá beber cada vez más. Ayer fue mi hermano.
Hoy soy yo.

CREONTE:

¿Quién te ayudará?... Estoy esperando.

Los ancianos callan.

ANTÍGONA:

Calláis, entonces aceptáis.
Nadie lo olvidará.

CREONTE:

Ya véis que lo que quiere
es dividirnos en nuestra propia casa.

ANTÍGONA:

Reclamas la unión, pero vives de la discordia.

CREONTE:

¿Conque aquí vivo de la discordia
y también sin duda en los campos de Argos?

ANTÍGONA:

Sin duda. Cuando se emplea la violencia
contra otros pueblos,
también se recurre a ella
contra el propio.

CREONTE:

Creo que con tu bondad no vacilarías en ofrecerme a los buitres.
¿No importaría entonces que Tebas, desunida,
cayera en manos de un poder extranjero?

ANTÍGONA:

Los que gobiernan siempre agitan la misma amenaza:
que la ciudad, desunida, caerá en manos del extranjero.
Nosotros inclinamos la cerviz y les ofrecemos
víctimas. Es entonces cuando la ciudad, debilitada,
cae en manos extranjeras y se convierte en rico botín.

CREONTE:

¿Te atreves a decir que yo entrego la ciudad
al extranjero?

ANTÍGONA:

Ella misma se arroja en sus garras, al inclinar
la cerviz ante ti. Porque el hombre que inclina la cerviz
no ve el peligro que se cierne sobre él.

¡Sólo ve la tierra y ella, ay, lo recibirá!

CREONTE:

¡Injuria a la patria, desventurada,
injuria a la tierra!

ANTÍGONA:

Te equivocas. Fatiga y dolor, eso es la tierra.

Ni ella ni la casa constituyen la patria.

La patria no es el lugar donde se vierte el sudor,
ni la casa que se desmorona envuelta en llamas,
ni el sitio donde el hombre inclina la cerviz. No.
Eso no es lo que el hombre llama patria.

CREONTE:

Y a ti la patria ya no te llama su hija,
ya no te reconoce. Te arroja de su seno,
como a una cosa inmunda, que contamina todo,
que todo lo envilece.

ANTÍGONA:

¿Quién es el que me arroja?

Desde que tú gobiernas, el número
de hombres que habita en la ciudad
ha disminuido, y seguirá disminuyendo.

¿Por qué vienes solo?

Cuando partiste, eras muchos.

CREONTE:

¿Qué pretendes insinuar?

ANTÍGONA:

¿Dónde están los mancebos y los hombres?

¿Nunca más volverán?

CREONTE:

¡Escuchad cómo miente! Todos saben que están en el campo
de batalla,

para destruir los últimos restos del enemigo.

Por eso demoran su regreso.

ANTÍGONA:

Sí, para cometer todos los crímenes.

Para sembrar el terror y para que sus padres

no los reconozcan cuando, finalmente,

sean derribados como animales feroces.

CREONTE:

¡Ahora blasfema y ultraja a los muertos!

ANTÍGONA:

Hombre estúpido, es inútil tratar de convencerte.

LOS ANCIANOS:

Oh, desgracia, el dolor la hace delirar.

No tengas en cuenta sus palabras.

CREONTE:

¿Acaso he callado alguna vez

el precio de la victoria?

LOS ANCIANOS:

¡Pero tú, insensata, no olvides en tu dolor

la gloriosa victoria de Tebas!

CREONTE:

¡Ella no desea que el pueblo

de Tebas ocupe los palacios de Argos!

Preferiría ver a Tebas en ruinas.

ANTÍGONA:

Sería mejor para nosotros estar en medio

de las ruinas de nuestra ciudad, sería más seguro

que ocupar contigo las casas del enemigo.

CREONTE:

Por fin lo ha dicho, y vosotros lo habéis oído.

No respeta ley alguna, como el huésped que,

a punto de partir y sabiendo que nadie quiere

volver a verlo, destruye con saña

el lecho hospitalario.

ANTÍGONA:

Sólo tomé lo que es mío,

y tuve que ocultarme para hacerlo.

CREONTE:

Sólo ves lo que te concierne,

pero el orden divino del Estado,

eso no lo ves.

ANTÍGONA:

Tal vez sea divino, pero preferiría

que fuera humano,

Creonte, hijo de Meneceo.

CREONTE:

¡Véte ya! Te has convertido en nuestra enemiga

y también serás la enemiga de los que moran abajo,

como ese cobarde que fue despedazado

es el enemigo de ellos.

ANTÍGONA:

¡Quién sabe! Tal vez allí rijan otras leyes.

CREONTE:

Aun muerto, el enemigo jamás será un amigo.

ANTÍGONA:

Es verdad. Pero yo no nací para odiar, sino para amar.

CREONTE:

Vé entonces a amar a los que están bajo la tierra.

La gente de tu especie nada tiene que hacer aquí.

Entra Ismena.

LOS ANCIANOS:

Aquí viene Ismena, la hermosa Ismena,

amante de la paz.

El llanto enrojece su rostro acongojado.

CREONTE:

Ah, tú, que sigilosa te deslizas por la casa

como una víbora. He criado a dos monstruos,

dos víboras gemelas. Acércate y respóndeme:

¿participaste en el entierro?

¿O eres inocente?

ISMENA:

Si mi hermana consiente, sí, soy culpable.

Participé en el hecho y acepto el castigo.

ANTÍGONA:

No lo consiento. Ella no quiso ayudarme.

Yo no la llevé conmigo.

CREONTE:

¡Decidido entre vosotras!

No voy a detenerme en nimiedades.

ISMENA:

No me avergüenza la desdicha de mi hermana

y le pido que acepte compartirla conmigo.

ANTÍGONA:

Por los que moran en las profundidades subterráneas
y son testigos de nuestras acciones:

no quiero a la que sólo ama de palabra.

No siempre el corazón está dispuesto a rebelarse,
pero tal vez lo esté para morir.

No intentes, en una muerte común,
compartir mi suerte. Mi muerte bastará.

ISMENA:

Muy severa es mi hermana, pero te amo.

Faltando tú, ¿a quién podría amar en la tierra?

ANTÍGONA:

Ama a Creonte. Yo os abandono.

ISMENA:

¿Te complaces acaso en hacerme sufrir?

ANTÍGONA:

Quizás yo también sufro, quizás
quiero reservar para mí todo el dolor.

ISMENA:

Lo que te propuse sigue en pie.

ANTÍGONA:

Está bien. Pero ya tomé mi decisión.

ISMENA:

Falté a la lealtad que te debía.

Ahora, ya nada soy para ti, ¿verdad?

ANTÍGONA:

No desesperes. Tú vives. Mi alma, en cambio, está muerta.

Lo único que anhelo es servir a los muertos.

CREONTE:

Os digo que estas mujeres están locas,

una desde hace un rato,

la otra desde siempre.

ISMENA:

No puedo vivir sin ella.

CREONTE:

No se hable más de ella. Ya no existe.

ISMENA:

La que vas a matar es la prometida de tu hijo.

CREONTE:

Hay otros campos donde se puede arar.

Prepárate a morir. Pero quiero que sepas

cuándo será: ¡cuando Tebas, embriagada de gozo,

se disponga a celebrar, con danzas báquicas,

la victoria! Llévate a estas mujeres.

*El guardia sale con las mujeres y entra en la casa. Creonte
ordena a su guardaespaldas entregar la espada.*

UN ANCIANO (*recibiendo la espada*):

Tú que te aprestas a celebrar la victoria,

no pisotees demasiado el suelo,

no lo pisotees allí donde florece.

Oh, poderoso, aquel que te ha irritado,

haz que te alabe.

OTRO ANCIANO (*entrega a Creonte la máscara de Baco*):

No lo precipites tan bajo

que termines perdiéndolo de vista.

Porque cuando ha llegado al fondo,

el que no tiene nada, nada teme.

Liberado de toda vergüenza,

aterrorizado y terrible,

el que fue abandonado y rechazado

se yergue. Libre ya de sus ataduras,
recuerda su antigua vida y se rebela.

LOS ANCIANOS:

Muchas veces, una pequeña causa basta
para colmar la medida. El sueño de los hombres agotados
y sin edad no dura siempre.

El tiempo de la miseria ciega tiene un fin.

Lentas y fugaces,

las lunas suceden a las lunas

y la desdicha aumenta sin cesar

y se extingue la última luz que alumbraba
a la última raíz de la estirpe de Edipo.

Los grandes edificios, cuando se derrumban,
arrastran en su caída a todo lo que les rodea.

Así, cuando los furiosos vientos de Tracia
encrespan las aguas tenebrosas y saladas del mar Pónico
y atacan a una simple cabaña,

se agitan los abismos submarinos, se levantan las arenas
que el viento dispersa, y toda la costa,
bajo el embate de las olas, gime y se lamenta.

Aquí llega Hemón, el más joven de tus hijos.

Su rostro sombrío denota el pesar

de perder a la joven Antígona

y de ver frustrada su boda.

Entra Hemón.

CREONTE:

Hijo, según dicen algunos,
vienes ante mí por amor a esa muchacha,
y no es al soberano a quien quieres ver,
sino al padre. Si así fuera,
vienes en vano.

A mi regreso de la batalla,
en la que obtuvimos la victoria
gracias al sacrificio de los que derramaron su sangre,
encontré a ésa, y sólo a ésa, en toda la ciudad,
en flagrante delito de desobediencia,
renegando de nuestra victoria,

ocupada solamente en asuntos personales.

¡Y qué asuntos!

HEMÓN:

Sin embargo, ese asunto me trae y deseo
que no disguste al padre

la voz familiar de aquel que de él desciende
cuando informe al soberano acerca de
los desagradables rumores que circulan.

CREONTE:

Ciertamente, el que engendra hijos insolentes
sólo habrá engendrado para sí grandes disgustos
y, para sus enemigos, motivo de regocijo.

Los platos amargos irritan el paladar;

lo mejor es, pues, suprimirlos.

HEMÓN:

Muchas son las cosas que diriges. Pero si prefieres
escuchar sólo palabras complacientes

no pierdas el tiempo. ¡Como un hombre

que ya no quiere manejar el timón,

suelta el velamen y navega a la deriva!

Ante tu solo nombre el pueblo tiembla.

Si se acercara el más terrible temporal

te informarían, a lo sumo,

que sopla una leve brisa.

Pero los lazos de parentesco tienen la ventaja

de permitirnos actuar con desinterés y sin temor.

Lo que se nos adeuda más de una vez no lo reclamamos,

pero a veces podemos oír la verdad de boca de un pariente,

pues, viniendo de él, dominamos la ira,

que es mala consejera.

El valiente Megareo, mi hermano,

ha combatido en Argos y aún no ha vuelto.

A mí me corresponde, pues, hablar.

Debes saber que en la ciudad

reina un profundo malestar.

CREONTE:

Y tú debes saber que si los míos se corrompen

seré como un hombre que alimenta a sus propios enemigos.
Enemigos indecisos, que no se conocen,
que no logran reagruparse,
y que están desunidos hasta en el descontento:
éste se queja de los impuestos,
aquél del servicio militar.

Gracias a mi autoridad y al poder de la espada
yo los mantengo unidos y al mismo tiempo separados.

Pero si hay una vacilación
entre los que gobiernan, si éstos
se muestran indecisos y desunidos,
entonces cualquiera estará pronto
para tomar las riendas que se les han escapado
de la mano. Hablo, pero quiero oír al hijo,
al que yo he engendrado,
al que he puesto al frente de mis mejores hombres.

HEMÓN:

Ante todo es preciso respetar la verdad.

¿No se dice acaso:

la palabra es un hierro impuro
que es necesario templar en el yunque de la verdad?

A aquella que quiso salvar

de los perros hambrientos

el cuerpo del hermano,

la ciudad la aprueba.

Mas no por eso deja de reprobarnos

el proceder del muerto.

CREONTE:

No es suficiente. Para mí eso es debilidad.

No basta que lo que está podrido

sea separado del cuerpo.

No, es preciso proclamarlo públicamente,

para que quienes se dejan corromper

lo sepan de una vez por todas.

Mi mano mostrará que es implacable.

Tú, sin embargo, que nada sabes del asunto,

propones ingenuamente:

100

"No estés tan seguro,
observa a tu alrededor,
acepta lo que dicen los otros,
habla su idioma."

Como si el que gobierna
pudiera conducir tantos cuerpos
a una meta común,
con un oído cobarde y tembloroso.

LOS ANCIANOS:

Querer imponer un castigo cruel
exige muchos esfuerzos.

CREONTE:

Conducir el arado y levantar la tierra
también exige esfuerzos.

LOS ANCIANOS:

Pero una orden indulgente con poco esfuerzo logra mucho.

CREONTE:

Hay órdenes de todo tipo.

Mas ¿quién las da? Eso es lo importante.

HEMÓN:

Aunque no fuese tu hijo, diría: tú.

CREONTE:

Y aun si me fuera impuesto dar órdenes,
lo haría nuevamente a mi modo.

HEMÓN:

A tu modo, siempre que el modo sea correcto.

CREONTE:

Ignorando lo que yo sé, ¿cómo podrías juzgar?

¿Eres mi amigo, sea cual fuere mi actitud?

HEMÓN:

Quisiera que actuases de tal modo

que pudiera ser tu amigo;

que no dijeras que sólo tú

tienes razón y ningún otro la tiene.

Porque el hombre que cree poseer

una inteligencia, una elocuencia, un talento superiores

a los de todos los demás,

101

cuando penetramos en lo más hondo de su ser,
descubrimos que está totalmente vacío.
Pero el hombre que no teme aprender
de los otros y no se obstina en sus juicios,
ése es un sabio y no tiene por qué avergonzarse.
Cuando los torrentes, engrosados por las tempestades,
se precipitan, los árboles que se doblegan
conservan sus ramas y reverdecen bajo el calor del sol.
Pero aquellos que se resisten
son arrastrados por la corriente.

También, cuando sopla el viento huracanado,
la embarcación que no quiere arriar sus velas
zozobra, y termina por hundirse.

LOS ANCIANOS:

Cede, cuando los dioses intervienen.
Aquí estamos, vacilando, nosotros que somos humanos;
concédenos ese cambio
y vacila con nosotros.

CREONTE:

Y que los caballos guíen el carro
en lugar del cochero. ¿Es eso lo que queréis?

HEMÓN:

Cuando husmean el hedor de la carroña
que asciende del muladar,
los caballos podrían encabritarse,
espantados por el lugar adonde
se los quiere conducir por la fuerza,
y precipitarse en el barranco
con carro y cochero.

La amenaza que se oculta en la paz
preocupa ya a la ciudad en la guerra
y la llena de inquietud.

CREONTE:

Ya no hay guerra. De todos modos,
gracias por la información.

HEMÓN:

Algunos me han confiado; y muchos lo sospechan,

que lo que te propones al preparar ya el festín de la victoria
es la eliminación sangrienta

de todos los que una vez despertaron tu cólera.

CREONTE:

¿Quién te lo ha dicho? Revelándolo tendrás mucho más mérito
que siendo el portavoz de aquellos
que confían sus sospechas de modo harto sospechoso.

HEMÓN:

Olvídalos.

LOS ANCIANOS:

Dicen que la más preciada virtud
de los que mandan es saber olvidar.

Deja que lo pasado
siga perteneciendo al pasado.

CREONTE:

Soy demasiado viejo para olvidar
con facilidad. Pero, si yo te lo pidiera,
¿no podrías olvidar a aquella
por la que tanto te expones?

Porque todos los que desean mi ruina murmuran
que tú eres el cómplice de esa mujer, su defensor.

HEMÓN:

Defiendo la justicia donde sea.

CREONTE:

Sí, y donde sea fácil escapar.

HEMÓN:

Me ofendes, pero no por eso
dejaré de temer por ti.

CREONTE:

Temes que tu lecho permanezca vacío.

HEMÓN:

Esto es lo que yo llamaría una estupidez,
si no proviniera de mi padre.

CREONTE:

Y yo diría que lo que has dicho es una insolencia,
si no proviniera del esclavo de una mujer.

HEMÓN:

Prefiero ser esclavo de una mujer que esclavo tuyo.

CREONTE:

Por fin lo has confesado
y ya no puedes retractarte.

HEMÓN:

Ni pienso hacerlo. Tú pretendes decir todo lo que quieres
y no escuchar a nadie.

CREONTE:

Así es. Ahora véte, y no te presentes más
ante mi vista. Lleváos de aquí a esta ralea, y pronto.

HEMÓN:

Me voy, no tiembles:
ya no verás a nadie erguirse ante ti.

Hemón sale.

LOS ANCIANOS:

Señor, el hombre que acaba de partir,
temblando de cólera,
es tu hijo menor.

CREONTE:

No por eso salvará de la muerte a las mujeres.

LOS ANCIANOS:

¿Acaso piensas hacer morir a ambas?

CREONTE:

A la que no intervino, no. Tienes razón.

LOS ANCIANOS:

Y a la otra, ¿qué muerte le preparas?

CREONTE:

Mientras los míos muevan los pies cadenciosamente
al ritmo de las danzas báquicas,
la culpable será conducida a la agreste quebrada
donde no existe rastro de vida humana
y será encerrada viva en el fondo de la roca,
con el mijo y el vino que se debe a los muertos,
como si ya estuviera sepultada.

Así lo dispongo, para que la deshonra
no caiga sobre la ciudad

Creonte sale hacia la ciudad.

LOS ANCIANOS:

Veo ante mí como un montón de nubes blancas.
Ha llegado la hora en que la hija de Edipo,
en su habitación, se prepara para su último viaje
y oye, en la lejanía, a Baco.

El dios llama a los suyos, y nuestra ciudad,
sedienta de placeres, le responde
con alegre frenesí.

Grande es la victoria e irresistible Baco
cuando se acerca a los hombres atormentados
y les tiende el licor del olvido.

Lejos arroja la ciudad el manto de luto que cosía
en honor de sus hijos, y corre a embriagarse
en la orgía báquica.

Los ancianos toman las máscaras de Baco.

¡Dios de los placeres carnales, dios
eternamente vencedor! Tú siembras la discordia
entre los que están ligados por la sangre.

Nadie puede rechazarte, porque el hombre
que ose hacerte frente está perdido de antemano:
bajo tu influjo pierde el dominio de sí mismo,
se debate bajo el yugo de la autoridad

y te prepara nuevas cervices,
ese hombre que ya no teme el soplo cálido
de las minas de sal, ni el frágil barquichuelo
sobre las olas negras y agitadas. ¡Dios de los deseos de la carne

Dios siempre vencedor! Tú mezclas
las diferentes razas y las sometes a una misma ley.

Pero tu brazo no conoce la violencia
ni está hecho para devastar la tierra. Pacífico,
está unido desde los orígenes
al destino de las grandes alianzas.

Y pacíficamente te acompaña
la belleza divina.

*Entra Antígona, conducida por el guardián y seguida por
doncellas.*

UN ANCIANO:

Pero ahora yo mismo pierdo
la serenidad y no puedo contener
el fluir de las lágrimas.

Antígona va a recibir
las ofrendas fúnebres:
el miijo y el vino.

ANTÍGONA:

Ciudadanos de la patria,
miradme emprender mi último camino
y contemplar por última vez
la luz del sol.

¿Es cierto que nunca lo volveré a ver?
El dios de la muerte,
que a todos nos abrazará alguna vez,
me conduce viva a las riberas del Aqueronte.

No habrá bodas para mí,
ni cantos nupciales, porque prometida soy
del Aqueronte.

LOS ANCIANOS:

Pero te diriges a la morada de los muertos,
acompañada de loas y de gloria.
No has sucumbido a la enfermedad que consume
ni a la afrenta del hierro que esclaviza.
Por propia voluntad, libremente,
desciendes viva al mundo de los muertos.

ANTÍGONA:

¡Ay! ¡Se burlan de mí!
¡De mí, que aún no estoy muerta,
de mí, en quien aún alienta la vida!
¡Patria mía, y vosotros, hombres poderosos de mi ciudad!
Algún día daréis testimonio
de estas crueles leyes que me arrojan
a una caverna bajo tierra, tumba insólita,
sin que puedan llorarme aquellos a quienes amo.
No seré compañera ni de las sombras
ni de los mortales, en ese lugar
donde no reina ni la vida ni la muerte.

LOS ANCIANOS:

Cuando se desafía al poder,
éste no puede ceder. Para él,
el hombre que sólo obedece a su ira es un hombre corrupto.

ANTÍGONA:

¡Oh, padre mío! ¡Oh, madre infeliz!
Hacia vosotros voy ahora, maldita,
sin haber conocido la dicha del himeneo.

¡Oh, hermano mío,
qué dulce era vivir a tu lado!
Tú ya no existes. Yo vivo todavía,
y voy a reunirme contigo en las tinieblas.

UN ANCIANO (*pone frente a Antígona una bandeja con
miijo*):

Dánae, encerrada tras rejas de hierro,
se vio privada de la luz del cielo,
y sumida en la oscuridad
debió sufrir pacientemente.

Era no obstante de encumbrada estirpe,
y para fecundarla el divino Zeus
se trocó en lluvia de oro.

Ella, contando el fluir de las horas,
esperaba el momento del alumbramiento.

ANTÍGONA:

Penosa fue, según dicen, la muerte,
en la cima del monte Sípilo,
de aquella que venía de Frigia
y era hija de Tántalo.
Su cuerpo se volvió rugoso
y, cual la hiedra, abrazó a la eterna roca.
Cuentan los hombres que el invierno
jamás la abandona
y hace brotar de sus ojos
lágrimas de límpida nieve.

Los dioses me preparan la misma tumba.

UN ANCIANO (*coloca frente a Antígona una jarra de vino*):
Pero ella era de origen divino

y diosa a su vez.
Nosotros, en cambio, somos mortales
e hijos de mortales.

Es cierto que sucumbes,
pero con dignidad, como mueren
las víctimas divinas.

ANTÍGONA:
Os lamentáis, como si ya estuviese muerta.
Alzáis los ojos hacia el cielo azul
y no osáis mirarme al rostro. Sin embargo,
realicé un acto sagrado,
para cumplir un deber sagrado.

LOS ANCIANOS:
El hijo de Driante profería
furiosas imprecaciones contra el rigor de su suerte,
y fue encerrado por Dionisos
en una prisión de piedra.
Enloquecido y titubeando en las tinieblas,
el hombre de palabra insolente
aprendió a conocer al dios.

ANTÍGONA:
También vosotros deberíais tener en cuenta
las imprecaciones contra la suerte
y tomar ejemplo, en vez de lloriquear,
vosotros que estáis ciegos.

LOS ANCIANOS:
Junto a las rocas calcáreas, allí
donde van a morir los dos mares,
a la orilla del Bósforo
y cerca de la ciudad,
el dios de la Guerra vio
cómo la lanza perforó los ojos
de los dos hijos de Fineo.
Oscuridad tremenda reinó luego
en las órbitas de esos ojos de águila.
La fuerza del destino es infinita.
Ni la riqueza, ni el espíritu guerrero,

ninguna fortaleza puede eludirla.

ANTÍGONA:
Os suplico, no habléis del destino.
Yo lo conozco. Hablad de él,
del hombre que, siendo yo inocente, me condena.
¡A él preparadle un destino!
¡Ah, infortunados, no creáis que podréis evitarlo!
Otros cuerpos, destrozados,
yacerán sin tumba, por millares,
en torno de aquel que no tuvo sepultura.
Vosotros que empujáis a Creonte
a llevar la guerra a tierra extraña, sabed
que ganará aún muchas batallas,
mas la última os devorará.
Vosotros clamáis por el botín,
pero los carros que regresen
no vendrán rebosantes sino vacíos.
Pienso en lo que habréis de ver
y os compadezco.

¡Oh, Tebas, patria mía!
¡Fuentes dirceas que manáis en estas suaves colinas
por donde pasan los carros de la guerra!
¡Oh, praderas!
Me oprime la garganta pensar
en lo que os espera.
Tú diste el ser a monstruos
y en polvo te convertirás.
Decid a los que pregunten por Antígona
que la habéis visto buscar refugio en la muerte.

Antígona parte con el guardián.
LOS ANCIANOS:
Volvió la espalda y salió con paso firme,
como si fuese ella quien conducía al guardián.
Cruzó la plaza, en la que ya
se levantaban las férreas columnas de la victoria.
Apretó el paso, y desapareció.
Pero ella también había probado

el pan cocido en los hornos oscuros.
Tranquila y segura permanecía a la sombra
de las torres que encerraban desgracia, sin una protesta,
hasta el día en que la sangre
volvió a derramarse en el hogar de Lábdaco.
Manos ensangrentadas
repartieron la muerte entre los suyos
y éstos no la recibían
sino que la arrancaban.
¡Sólo después la hallamos,
temblando de cólera,
consagrada al bien!
El frío glacial la despertó.
Pero hasta tanto no se agotó
el último resto de paciencia
y no se hubo consumado
el último crimen,
la hija de Edipo el ciego
no arrancó de sus ojos
la venda corroída por el tiempo
para contemplar el abismo.
Ahora Tebas, también ciega,
danza y se embriaga
con el licor de la victoria,
ese licor preparado con cientos de hierbas,
en las tinieblas.

Aquí llega Tiresias, el adivino ciego.
¿Vendrá a traernos noticias alarmantes?
¿Que la discordia reina en la ciudad,
y está a punto de estallar la rebelión?

*Entra Tiresias, llevado de la mano por un niño y seguido
de Creonte.*

TIRESIAS:
Espacio, hijo, espacio, camina
sin seguir el ritmo de la danza.
Tú eres el guía. Mas el que guía
no debe seguir a Baco.

Quien levanta el pie demasiado alto
no puede evitar la caída.
No vayas a chocar tampoco contra las columnas
de la victoria. ¡La ciudad grita victoria,
la ciudad está llena de locos!
El ciego sigue al que ve,
mas al que no ve le sigue alguien más ciego aún.
CREONTE (*que lo ha seguido haciéndole burla*):
¿Qué pasa, qué murmuras, viejo decrepito,
respecto de la guerra?

TIRESIAS:
Digo que tú, loco,
danzas antes de la victoria.

CREONTE:
Viejo obstinado, tú ves lo que no existe,
pero las columnas erigidas
a tu alrededor,
ésas no las ves.

TIRESIAS:
No las veo. Y nada perturba mi razón.
Por ello vengo, amigos míos.
Porque a las hojas verdes del laurel
tampoco las reconozco hasta que,
secas, crujen llevadas por el viento.
O bien cuando las muerdo y siento un gusto amargo,
y digo: es el laurel.

CREONTE:
Las fiestas no te placen. Cada vez que celebramos alguna
nos hablas de cosas horribles.

TIRESIAS:
Es que he visto cosas horribles. Escuchad cuáles son
los presagios sobre la suerte de Tebas, ebria
de una victoria prematura, y ensordecida
por el inmenso clamor de las rondas báquicas.
Estaba yo sentado en el sitio donde se reúnen las aves
cuando, de repente, resonó en el aire
un rumor terrible.

Atacándose con sus garras,
las aves rapaces se desgarraban entre sí.
Atemorizado, corrí hacia los altares
y los hice encender a toda prisa.
No hubo uno solo que diera una llama alta y clara.
Sólo se elevaba un humo que olía a grasa rancia y
la carne de los muslos chirriaba dejando los huesos

[al descubierto.

LOS ANCIANOS:

¡Mal presagio en día de victoria!

TIRESIAS:

He aquí el sentido funesto
de esos desórdenes incomprensibles.

Tú, Creonte, eres el culpable
del mal que aqueja a la ciudad.

Porque los altares y los hogares fueron profanados
por los perros y las aves de rapiña, que se saciaron
con el cadáver del hijo de Edipo.

Por ello ya no se oye a una sola ave
cuyo grito sea un presagio de felicidad.

Todas han comido la grasa de un hombre muerto.

¡Semejante humo no es grato a los dioses!

¡Inclínate ante el muerto,

ante el que ya no existe!

CREONTE:

¡Tus pájaros, anciano, vuelan según tu conveniencia!

Lo sé. También volaron para mí

y tal como me convenía. No soy del todo lego

en el negocio y en el arte de la adivinación:

no soy avaro. Llena tus cofres

con el ámbar de Cerdeña y el oro de la India,

mas has de saber que no haré sepultar a ese cobarde,

y que no temo las amenazas del cielo.

Bien sé que ningún hombre

tiene poder sobre los dioses.

Pero también sé que los mortales,

aun los más poderosos, pueden

sufrir una muerte miserable,
cuando de sus bocas salen palabras indignas
para obtener una ventaja.

TIRESIAS:

Soy demasiado viejo para interesarme
en lo poco de vida que me resta.

CREONTE:

Nadie es tan viejo

que no desee envejecer un poco más.

TIRESIAS:

Lo sé. Y sé aún algo más.

LOS ANCIANOS:

Habla, Tiresias.

Señor, escuchemos al adivino.

CREONTE:

Habla, dí lo que quieras, pero déjate de regatear.

Los adivinos aman el oro.

TIRESIAS:

He oído decir que los tiranos suelen ofrecerlo.

CREONTE:

Cuando se es ciego,

se muerde la moneda y se dice:

es de buena ley.

TIRESIAS:

Guárdate tu oro,

porque en la guerra nadie sabe qué podrá salvar:

su oro, sus hijos, su poder...

CREONTE:

La guerra ha terminado.

TIRESIAS:

¿De verdad? ¿Puedo hacerte una pregunta?

Ya que, como tú dices, nada sé,

tengo que preguntar. Afirmas que no puedo ver el futuro.

Me vuelvo, pues, hacia el pasado y el presente.

Es ésta, al final y al cabo, una manera

de mostrar mi habilidad de adivino,

aunque en verdad lo que yo veo

es lo que cualquier niño puede ver.
Las columnas de la victoria son muy delgadas,
muy poco bronce contienen. Yo digo:
¿Es porque se fabrican aún muchas espadas?
Se cosen pieles para el ejército. Yo digo:
¿Se lo preparará para pasar un nuevo otoño?
Se pone a secar pescado: ¿es que debemos esperar
[una campaña de invierno?

LOS ANCIANOS:

Eso era antes de la victoria. Suponemos
que todos esos preparativos se han detenido,
que los carros del botín llegarán de Argos
cargados de bronce y de pescado.

TIRESIAS:

Hay guardias a montones; nadie sabe
si lo que custodian es mucho o poco.
En tu casa, en vez de perdonar,
como es habitual después de un negocio afortunado,
reina un gran desacuerdo.
Se dice que Hemón, tu hijo,
se marchó trastornado de tu casa
porque ordenaste que arrojaran a Antígona,
su prometida, al fondo de una roca.
Lo ordenaste porque ella
quería sepultar a Polinice, a quien diste muerte
cuando se rebeló contra ti,
porque tu guerra
le arrebató a su hermano Etéocles.
Cruelmente, te has enredado en tu crueldad.
Como el oro no me ha estupidizado por completo,
te hago una segunda pregunta:
¿Por qué eres tan cruel, Creonte,
hijo de Meneceo?
Voy a ayudarte a responder:
¿Es quizás porque te falta bronce para tu guerra?
¿Qué hecho cometiste, qué locura o maldad,
que ahora te obliga a seguir cometiendo

maldades y actos insensatos?

CREONTE:

¡Canalla! ¡Juegas un doble juego!

TIRESIAS:

Como tu manera de decir las cosas.
¡Peor sería decirlas a medias!
Ya tengo la respuesta y esta respuesta
tiene doble sentido: quiero decir
que nada se me ha contestado.
Sumo cero más cero
y digo: cuando las cosas van mal
se pide a gritos un gran hombre.
Éste acude y se produce la ruina.
La guerra ya no puede detenerse y va de mal en peor.
El pillaje lleva al pillaje,
el rigor incita al rigor,
el exceso exige el exceso,
y finalmente no queda nada.
Yo he mirado hacia atrás y a mi alrededor.
Vosotros mirad hacia adelante y temblad.
Guíame, hijo mío.

Sale Tiresias, guiado por el niño.

LOS ANCIANOS:

Señor, si mis cabellos no hubiesen sido blancos,
lo serían ahora.
Ese hombre ha dicho cosas terribles,
pero más terribles
son las que ha callado.

CREONTE:

Entonces, ¿por qué preocuparse
por lo que no se dijo?

LOS ANCIANOS:

Creonte, hijo de Meneceo,
¿cuándo regresarán los varones
a esta ciudad desprovista de hombres?
Creonte, hijo de Meneceo,
¿cómo va la guerra en la que estás empeñado?

CREONTE:

Ya que ese hombre, insidiosamente,
sacó a relucir la cuestión, os digo:
la guerra a la que la aviesa Argos
nos ha arrastrado, no ha concluido
ni anda bien.

Cuando proclamé la paz,
poco faltaba para concluir.
Lo poco que faltaba, faltaba por la traición
de Polinice.

Pero él y la que lo lloraba
han sido castigados.

LOS ANCIANOS:

Tampoco eso ha concluido.
Porque se ha alejado de ti
aquel que guiaba lo mejor de tu ejército,
Hemón, el menor de tus hijos.

CREONTE:

Ya no lo necesito.
Que permanezca lejos de mi vista
y de la vuestra aquel que me abandonó
por una mezquina historia de alcoba.
Aún combate para mí
mi hijo Megareo,
arrojando sobre las temblorosas murallas
de Argos,
en incontenibles ataques,
a la juventud tebana.

LOS ANCIANOS:

No es inagotable esa juventud.
Creonte, hijo de Meneceo,
siempre te hemos seguido. El orden reinaba
en la ciudad. Nos protegías de los enemigos
que nos atacaban en nuestra propia casa,
de esa gente rapaz que nada posee
y que sólo sirve para hacer la guerra.
Y redujiste a silencio a todos esos charlatanes

que sólo saben gritar y llenarse el estómago,
que viven de la discordia
y que, en la plaza del mercado,
gritan porque se les paga
o porque no se les paga.

Hoy vuelven a vociferar
y lo que dicen es inquietante.
Hijo de Meneceo, ¿no has emprendido
una acción demasiado arriesgada?

CREONTE:

Cuando me puse en marcha contra Argos,
¿quién me envió? Por vuestra indicación,
el metal de la espada
fue a buscar el metal de la montaña.
Porque Argos es rica en metal.

LOS ANCIANOS:

Y también en espadas, según parece.
Más de una vez escuchamos informes alarmantes,
pero los desechamos porque confiábamos en ti.
Nada tomamos en cuenta,
nos tapamos los oídos por miedo a tener que temblar
y cerramos los ojos cada vez
que apretabas las riendas con más fuerza.
Una vez más, es necesario, será la última,
decías, una batalla más. Pero ahora
comienzas a regatear con nosotros
igual que con el enemigo. Tu crueldad
te hace llevar una doble guerra.

CREONTE:

¡La vuestra!

LOS ANCIANOS:

¡La tuya!

CREONTE:

Cuando Argos haya sido vencida,
volverá a ser la vuestra, ¿no? ¡Basta!
Los discursos de la rebelde os desquiciaron
y habéis tomado partido por ella.

LOS ANCIANOS:

La hermana tenía sin duda el derecho
de sepultar al hermano.

CREONTE:

El comandante tenía sin duda el derecho
de castigar al traidor.

LOS ANCIANOS:

Invocar un derecho contra otro
con la intención de oprimir
nos arrojará al abismo.

CREONTE:

La guerra crea un nuevo derecho.

LOS ANCIANOS:

Pero vive del antiguo.

Y si no se le da el alimento que necesita,
se devora a sí misma.

CREONTE:

¡Os hartáis de carne,
pero el sangriento delantal
del carnicero os repugna!
Os he dado madera de sándalo
para vuestras casas,
y en ellas no penetraba el ruido de las espadas.

¡Esa madera viene de Argos!

Hasta ahora nadie me ha devuelto
las bandejas de bronce que he traído de allí, pero
inclinados sobre ellas, os enfurecéis.

Criticáis mis crueldades

y os quejáis de mi dureza.

Estoy acostumbrado a una cólera mucho mayor
cuando no llega el botín.

LOS ANCIANOS:

¿Hasta cuándo

Tebas estará privada de sus hombres?

CREONTE:

Hasta que sus hombres
conquisten a la rica Argos.

LOS ANCIANOS:

¡Llámalos, desventurado,
antes que perezcan todos.

CREONTE:

¿Con las manos vacías?

¡Esa orden tendréis que confirmarla
bajo juramento!

LOS ANCIANOS:

¡Con las manos vacías, o sin manos,
llama a todos los que aún viven!

CREONTE:

Ciertamente, no bien Argos haya caído, los llamaré.

Mi primogénito, Megareo, os los traerá.

Mas tened cuidado de que las puertas
no sean demasiado bajas y

que no convengan solamente a los hombres pequeños.

Porque esos hombres de gran talla
serían capaces de echar abajo con sus espaldas

el portón de un palacio aquí,

la puerta de la cámara del tesoro allá.

¡Podría ser que la alegría de veros

fuera tan grande que, al estrecharos las manos,

os destrozaran las muñecas y os arrancaran los brazos!

Y cuando en su ímpetu os estrechen contra

sus corazas, ¡tened cuidado de que no os rompan las costillas!

Porque en ese día de gozo veréis

más espadas desnudas que en los días infaustos

de abatimiento y desesperación.

Más de un vencedor titubeante

ha sido coronado con cadenas

y ha danzado con rodillas que flaqueaban.

LOS ANCIANOS:

¡Miserable! ¿Nos amenazas con nuestros propios hombres?

¿Quieres acaso arrojarlos contra nosotros?

CREONTE:

Hablaré de ello con mi hijo Megareo.

Entra un mensajero que viene del campo de batalla.

MENSAJERO:

¡Señor! Prepárate para recibir un golpe terrible.

Soy mensajero de infaustas nuevas.

¡Detén los festejos!

¡Demasiado pronto creíste en la victoria!

Tu ejército ha sido derrotado

por Argos y huye en desbandada.

Tu hijo Megareo ya no existe. Destrozado,

yace en suelo argiano. Tras haber castigado a Polinice

y ahorcado públicamente a muchos guerreros

que desaprobaban tu proceder,

volviste a Tebas.

Inmediatamente, Megareo, tu primogénito,

lanzó a sus hombres de nuevo contra el enemigo

sin darles tiempo para reponerse

de sus pérdidas y de su fatiga;

apenas podían alzar contra el pueblo de Argos

las armas aún empapadas en sangre tebana.

Muchos hombres volvían el rostro hacia Megareo,

quien deseando inspirarles más temor que el enemigo,

los azuzaba quizás con demasiada rudeza.

Sin embargo, la suerte favoreció al principio a los nuestros.

Basta empuñar nuevamente la espada

para tomarle gusto a la lucha,

y la sangre,

sea la propia o la ajena,

siempre tiene el mismo olor,

un olor que sube a la cabeza y embriaga.

Lo que no logra la valentía,

lo logra el temor.

Pero también importan el terreno,

los pertrechos y los alimentos.

El pueblo de Argos, señor, recurrió a mil astucias.

Combatieron las mujeres y ayudaron los niños.

Desde lo alto de los techos comidos por el fuego,

las ollas, en las que desde hacía mucho tiempo

no se había cocido alimento alguno,

caían sobre nosotros, llenas de agua hirviendo.

Las casas que aún se mantenían intactas eran incendiadas,

como si nadie pensara habitarlas algún día.

Muebles y utensilios se convirtieron en armas

y pertrechos. Y tu hijo seguía empujándonos

hacia el centro de la ciudad,

pero la ciudad, devastada, se convirtió en tumba.

Todo estaba envuelto en llamas

y la humareda nos cegaba.

Huyendo del fuego y buscando al enemigo,

chocamos tebanos contra tebanos

y nadie podría decir qué mano abatió a tu hijo.

La flor de Tebas, lo mejor de sus fuerzas,

todo fue aniquilado. Tebas misma

no podrá resistir mucho tiempo.

Por todos los caminos llega el pueblo de Argos,

con sus hombres y sus carros.

Yo los vi. Y el que los ha visto

puede estar feliz de ser arrebatado por la muerte.

El mensajero muere.

LOS ANCIANOS:

¡Ay de nosotros!

CREONTE:

¡Megareo! ¡Hijo mío!

LOS ANCIANOS:

No pierdas el tiempo con lamentos.

¡Reúne a la guardia!

CREONTE:

¡Reune a la nada! ¡Con un colador!

LOS ANCIANOS:

Tebas festeja embriagada la victoria

en tanto que el enemigo se acerca

empuñando sus armas.

Para engañarnos nos entregaste tu espada.

Acuérdate de tu otro hijo.

¡Llama ahora al más joven!

CREONTE:

¡Sí! ¡Hemón, mi hijo menor!

¡Ven en nuestra ayuda,
que todo se desmorona!

Olvida lo que dije.

Cuando tenía todo el poder en mis manos
no era dueño de mis pensamientos.

LOS ANCIANOS:

Corre a la prisión de piedra
y suelta a la que cubrió el cadáver.

¡Deja a Antígona en libertad!

CREONTE:

Si lo hago, ¿me apoyaréis?

No exististeis nada, pero habéis aceptado todo.

También vosotros estáis comprometidos.

LOS ANCIANOS:

¡Vé!

CREONTE:

¡Hachas! ¡Hachas!

Sale Creonte.

LOS ANCIANOS:

¡Detened las danzas!

Golpeando los címbalos:

Oh, dios de la Alegría, tú que eres el orgullo
de los arroyos que Cadmos amaba, ven pronto
si deseas ver a tu ciudad por última vez.

Ven antes de que caiga la noche,

antes de que tu ciudad haya desaparecido.

Aquí vivías, dios de la Alegría,

a orillas de las aguas heladas del Ismenos,
en esta Tebas donde nacieron las Ménades.

El humo del sacrificio, ese hermoso humo
que se eleva por encima de los techos, te saludaba.

¡Ah! ¿Tendrás que ver las casas devoradas por las llamas,

el humo que asciende de los incendios,

las nubes negras en el cielo?

Los que ya se creían instalados

por mil años en lejanas tierras

no tendrán mañana, no tienen hoy
más que la piedra para reposar su cabeza.

Otrora, dios de la Alegría, te sentabas al lado de los amantes
en las márgenes del Cócito

y en los bosques de Castalia.

Entrabas en las fraguas y,
sonriendo, probabas con el pulgar
el filo de las espadas.

Caminabas a través de Tebas

al compás de cantos inmortales,

en aquellos días en que las calles estaban de fiesta.

¡Ah, el hierro desgarró la mano que lo empuña

y el brazo pierde su vigor!

La violencia exige un milagro

y la clemencia un poco de sabiduría.

El enemigo tantas veces vencido

amenaza ahora nuestros palacios

y muestra a las siete puertas

sus fauces erizadas de jabalinas sangrientas.

No partirá

hasta haberlas llenado con nuestra sangre.

Pero allí se acerca una doncella

a través del torbellino de los fugitivos.

Seguramente trae un mensaje

de Hemón, a quien el padre

puso al frente de la guardia.

Entra una doncella mensajera.

MENSAJERA:

¡Oh, derrumbe imprevisto! ¡Oh, última espada,
espada rota! Hemón ha muerto por su propia mano.

Yo lo vi. Lo que sucedió antes

lo sé de boca de los que fueron con Creonte

a la pradera donde yacía el pobre cuerpo

de Polinice, destrozado por los perros.

Silenciosamente lo lavaron, y acostaron

sobre ramas frescas lo que quedaba de él. Luego,

erigieron cuidadosamente un pequeño montículo

de tierra patria.

El rey, adelantándose a los otros, se acercó a la roca que encerraba la tumba.

Nosotras, las servidoras, estábamos en la puerta.

Una de nosotras oye gemidos lacerantes que vienen de la cámara subterránea.

Presta, corre a informar al rey. Él se apresura y la voz triste y quejumbrosa

llega a sus oídos, cada vez más nítida.

A pocos pasos de la roca lanza un grito al ver el cerrojo arrancado del muro.

Y con esfuerzo, como para convencerse, dice:

"Esa no es la voz de Hemón, la voz de mi hijo."

Obedeciendo sus órdenes

miramos en el fondo de la tumba y los vemos,

a ella, Antígona, ahorcada,

con una cuerda de lino en torno del cuello,

y Hemón, a sus pies, llorando la muerte de su prometida,

la ruina de su amor, el crimen de su padre.

El rey lo ve, se adelanta y dice:

"Sal, hijo mío, te lo imploro de rodillas."

Fríamente, sin contestar, el hijo clava en él la mirada.

En sus manos reluce la espada de dos filos,

y la vuelve contra el padre. Éste, asustado, lo esquiva

y la espada se hunde en el vacío.

El hijo, de pie y en silencio, lentamente,

clava el hierro en su propia carne,

y cae sin pronunciar una palabra.

El muerto reposa junto al muerto.

El frío himeneo será celebrado en las cámaras

del mundo subterráneo.

Pero he aquí que llega el rey en persona.

LOS ANCIANOS:

Nuestra ciudad, tanto tiempo dirigida,

ha quedado sin guía. Está perdida.

El tirano ha fracasado. Se acerca,

apoyándose en las mujeres,

y lleva en sus manos

el bello resultado de su locura.

Entra Creonte, llevando el manto de Hemón.

CREONTE:

Mirad lo que traigo. Es su manto.

Creí que traería una espada.

Mi hijo ha muerto de una muerte prematura.

¡Una batalla más y Argos habría sucumbido!

Pero el valor, la voluntad de luchar hasta lo último, todo se volvió contra mí.

Es el fin de Tebas.

Tebas debe morir, morirá conmigo,

será aniquilada y abandonada a los buitres.

Es mi voluntad.

Creonte sale con las doncellas.

LOS ANCIANOS:

Giró sobre sí mismo y se marchó.

Llevando en sus manos una tela manchada de sangre,

lo que quedaba de la familia de Lábdaco,

se dirigió a la ciudad

cuya caída era inminente.

Nosotros lo seguimos,

lo seguimos en la muerte.

El puño que nos dominaba

fue cortado para que no volviera a golpear.

Pero aquella que vio y predijo todo

sólo pudo ser una ayuda para el enemigo,

el enemigo que ahora nos exterminará.

El tiempo es demasiado corto y todo es destino.

Nadie puede vivir lo suficiente

para conocer días felices, días fáciles,

para soportar el crimen con paciencia

y adquirir sabiduría con la edad.

SEMESTRE MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS